

# LA EDAD DEL MIEDO

POZUELO

**T**ODO empezó con un sueño. Soñé que se acababa el mundo...

«Vaya por Dios, pensó el psiquiatra: otro más que sueña que se acaba el mundo.» Puso su cara de sonrisa

bondadosa, atenta y preocupada, pensando que así ayudaría al supuesto paciente.

—Era... como una degeneración rápida... Los seres humanos, los objetos, los animales y los vegetales iban como perdiendo sus formas, su definición. Dejaban de ser lo que eran, o lo que son. No le puedo explicar mejor: sabe usted que no se ve con nitidez cuando se sueña, y que una gran parte se olvida. Pero era como si la materia se ablandase, perdiese su resistencia; los confines, los límites conocidos, desaparecían... Y los seres y las cosas se iban fundiendo, se pegaban unos con otros y se deshacían juntos...

El médico retuvo algunas palabras: perder su definición, fundirse, resistencia. El supuesto paciente parecía creer que la vida y el mundo son algo duro, bien delimitado y neto y que cuanto todo ello se ablanda, es el final. Le miró con más atención mientras su consultante se apasionaba en su propia angustia escatológica. El mismo era un hombre perfilados, vestido con ropa nueva, planchada y limpia; todo bien colocado, como un maniquí de escaparate de gran almacén. Delgado, ojuelos fosforescentes, pero que quizá estuviesen ya un poco apagados; bastante pelo, con muchas canas. Boca fina y apretada, quizá con esa tensión de quien lleva una dentadura postiza y teme que se le caiga. Esto es, un

hombre en proceso de envejecimiento. Si hiciese un caso rápido y sumario de Freud podría creer ya que el supuesto paciente estaba viviendo el sueño de su propia sexualidad perdida: algo duro y neto que de pronto pierde consistencia y se va fundiendo, ablandando... Por no perder su papel de atento escuchador interesado en el tema, preguntó: «Y usted, personal-



mente, ¿dónde estaba en ese sueño?». Casi esperaba la respuesta que se produjo:

—Algo raro... Dentro y fuera al mismo tiempo. Yo mismo era uno de los seres en estado terminal; pero también estaba fuera de ese mundo, o de este mundo caduco; yo, entero y sin contaminar, lo veía todo como un observador, y me veía a mí mismo desmaterializándome... Creo recordar que mi angustia la tenía situada en el personaje que podemos llamar sano, y no en el moribundo. El que desaparecía se dejaba ir sin consciencia de lo que le estaba pasando; el que observaba estaba lleno de horror por lo que veía y por lo que no podía evitar.

La vejez. El ser humano que se pierde en el magma de la vejez y que al mismo tiempo no quiere aceptarlo; que se desdobra en un viejo real y un joven imaginario que ve el espanto de la vejez de sí mismo como la vejez de otro. Diagnóstico casi hecho. El supuesto paciente no tenía remedio. Se analizó, de todas formas, a sí mismo: ¿por qué supuesto paciente?

Stekel dijo una vez en que se trataba de definir el concepto de enfermo, que «enfermo es todo aquel que acude a la consulta del médico»: el simple hecho de acudir al médico es que se vive uno mismo como enfermo, y si uno se vive como enfermo es que lo está...

—Cuando me desperté, no conseguí quitarme de encima la angustia. Vela el mundo real, neto y claro, de mi alcoba, con sus objetos en su sitio

